

SOSEGADAS

Joaquín Araújo

Poco o nada, parece hoy más urgente que dismantelar las urgencias. Entre otros muchos motivos porque tener prisa es la tumba de cualquier utilización coherente del sentido de la anticipación. Ese que fundó a la inteligencia que a su vez es la fundadora de todas las capacidades previsoras del ser humano. Al menos hasta que tan fértil reciprocidad se desvanece en brazos de la prisa.

La velocidad es la enemiga más eficaz de la racionalidad e incluso de los sentimientos. Pero sobre todo tiene especial capacidad devastadora en los campos de la vida. La destrucción de los sistemas, los ciclos y los procesos ecológicos llega casi siempre de la mano de la sacralizada celeridad. Tantas veces contagiada también a la acción de las administraciones, invariablemente espoloadas por el calendario fijo de las legislaturas. En efecto, han sido muchas las prisas con las que se han abordado, al menos hasta el presente, las políticas del agua. También han sido muchas las insensatas torpezas que han rodeado a las pretendidas panaceas para resolver el más que discutible déficit de agua en algunas porciones de nuestro territorio. Lo que ahora forma parte central y crucial de esta revista, por mucho que lleve el título de acciones urgentes, es una primera sosegada mirada a los grandes retos que en materia ambiental nos estamos planteando. Sólo por no llevar detrás los achuchones de la prisa ya es mucho más lúcida y coherente que cualquiera de las anteriores. No sólo premiosas, sino también tan simplificadas a que la única solución pasa sólo por más cantidad de agua.

Por eso conviene recordar, en primer lugar, que entre las principales conquistas de las nuevas políticas del agua destaca el reconocimiento de que incrementar la oferta desata siempre el riesgo de que la demanda nunca se de por satisfecha. No es, por tanto, solución. Y aunque nuestro modelo de relaciones económicas se base en buena medida en que nada sea jamás suficiente, al menos comenzamos a vislumbrar el desbordamiento y hasta la suprema improcedencia de seguir funcionando como si los recursos fueran prácticamente ilimitados. Actitudes tan irracionales que, para lo que nos ocupa y preocupa, suponen ya

una sequía asegurada y prolongada.

¡Qué locura, por tanto, convertir tales argumentos en devastación, enfrentamientos y hasta en violencia!

El ejemplo que exhibe el mismo litoral mediterráneo es una manifestación clara de este aserto.

Muy al contrario nos encontramos por primera vez con un reconocimiento, en un plan de acción, de que las políticas del agua pueden fundar deseables equilibrios territoriales, cautelas administrativas y actitudes convivenciales y, por supuesto, un desarrollo acorde a las reales posibilidades de los territorios.

Ha llegado la hora y eso es precisamente lo que se aborda y planifica en los planteamientos del **plan de acciones urgentes del programa agua en las cuencas mediterráneas** que reconocemos nuestra obligación moral de devolverle algo al agua. Pero no sólo porque sea un elemento vital con la ilimitada capacidad de fundar fuentes y con ellas a todo lo que nos rodea, nosotros mismos incluidos. Se trataría de una cierta reciprocidad a ese nivel que incluso los secos de espíritu podrían aceptar. Me refiero a que las cataratas de servicios ambientales sean mantenidas en su potencial con una suerte de correspondencias en la gestión y el uso por nuestra parte.

Entre otras cosas porque la capacidad viajera del elemento vital nos va a devolver con enormes intereses esos mismos servicios en el futuro.

Frente al violento narcisismo del mucho más de todo, caiga quien caiga en el camino, contamos afortunadamente con un proyecto que contempla el panorama en su totalidad. Que va a trabajar por la calidad y las reutilizaciones. Que incluye suministros de otras procedencias. Que quiere usar también al agua para la regeneración de los ámbitos con mayor fertilidad natural. Que no quiere seguir contribuyendo a la desaparición de las bases paisajísticas sobre las que se ha edificado la industria turística. Que quiere conservar una parte de la cultura rural todavía rescatable...

En fin algo que, sin prisas pero sí con toda la inteligencia posible, recupera buena parte del mejor estilo posible: el de prever, antes que lamentar. ☞

PRESENTACIÓN